

o qué rechifla para mí si me caso con una señorita de lugar que no tiene y a quien yo tampoco tengo para mantener en mi clase. Hasta maestro de todo tendría yo que poner aquí a la chica y hacer que me la vistiese la modista como quien viste una muñeca. [...] otras cosas que cuestan dinero, que yo no tengo, pues el que tengo, apenas alcanza para mí¹¹. (pp. 144-145 y 146)

Don Jaime, que hasta entonces había vivido en Madrid modestamente en un cuartito de soltero, no quería llevar a su mujer a una fonda, ni alojarla mal al principio; y de acuerdo con doña Luz, resolvió ir a Madrid solo, pues, además, le llamaban del Congreso con urgencia; poner casa, si bien con economía, como doña Luz, llena de juicio, se lo recomendaba, y luego que la tuviese puesta, volver por doña Luz a Villafría¹². (p. 97)

Resulta curioso que Valera elija la ficción como el medio de dirimir lo que sin duda fueron problemas personales, y no, por ejemplo, un libro de ensayos sobre el puesto de la mujer en la sociedad de su tiempo, hecho que de por sí indica la importancia que iba cobrando la novela en el panorama decimonónico como foro de reflexión social.

Las cartas de Valera hablan continuamente de la necesidad de ganarse la vida, del dinero, y comenta sin cesar las holguras disfrutadas por algunos de sus jefes, como el Duque de Rivas o el Duque de Osuna. La búsqueda del «turrón», expresión suya, para designar a un puesto remunerado, generalmente en la administración pública española, aparece comentada continuamente¹³. Es un motivo que se repite. La persecución de la mujer, otro. Desde Gertrudis Gómez de Avellaneda, a infinidad de mujeres que conoce en la legación de Nápoles, de Lisboa, de Río de Janeiro y de Moscú, interesaron a Valera, porque en ellas admiraba las ciento y una mezclas de educación y aptitudes personales posibles.

De la sentimentalidad religiosa a la humana

Las décadas de los sesenta y setenta del ochocientos ofrecen a través de la literatura narrativa muestras sorprendentes de la sentimenta-

¹¹ Juan Valera, Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, editores, *Correspondencia, Volumen II (1862-1875)*, Madrid, Castalia, 2003.

¹² Doña Luz, *Madrid, Obras Completas, I*, Aguilar, 1968.

¹³ En Doña Luz leemos lo siguiente: «¿No es necedad que yo pague y no cobre? ¿No es bobada que yo contribuya y no distribuya? ¿No sería más discreto que yo imitase a don Paco [un cacique], el grande elector de este distrito, que paga diez y saca ochenta? Pues qué, ¿no tengo yo sobrinos, hijos y ahijados a quienes dar turrón?» (p. 67).

lidad humana. Los autores comenzaban a entender que las expansiones sentimentales propiciadas por el romanticismo resultaban de cartón piedra, si no eran contrastadas con las realistas. Es como si los autores descubrieran la cara oculta de la sentimentalidad romántica, hipérbole que según pasa el tiempo deja de valorarse. El valor que hoy concedemos a estas expresiones sentimentales, como las ofrecidas en la novela que nos ocupa, resultan un poco anticuadas, y las altas y bajas de su suceder cansan, porque estamos acostumbrados a respuestas emocionales instantáneas. Si las pensamos en el contexto de la novela rusa, de Dostoyesky o de Tolstói, podemos comprender mejor la grandeza que pueden tener las descripciones dilatadas de cómo se sienten los personajes.

La protagonista de la novela en cuestión, la joven doña Luz, es construida con una personalidad muy curiosa. Es una noble, hija ilegítima de un marqués y de una condesa, que vive sin grandes recursos en Villafría, un lugar de Córdoba. Un día aparece por la ciudad un candidato a diputado, hombre guapo, afable, que pronto será elegido representante del distrito, y que acabará casándose con Luz. El que don Jaime Pimentel se haya fijado en doña Luz resulta un tanto peculiar, porque el hombre no tiene los recursos económicos adecuados, ni ella tampoco, y por tanto, la única razón de tal enlace es el amor que la joven dama ha despertado en el político. Posteriormente, ella descubre por medio de dos cartas, que él sabía de la herencia que ella iba a recibir, de parte de su madre, y por ende que el matrimonio había sido de conveniencia. Doña Luz se siente totalmente decepcionada y se separa del mendaz consorte.

Cuando conocemos a doña Luz al comienzo de la obra, ella vive en la casa del administrador de sus bienes, don Acisclo, quien se había enriquecido honradamente gracias a los dispendios del padre de Luz, y que ahora con gusto protege a la joven sin fortuna. La justicia, la bondad exhibida por las personas como don Acisclo, sus familiares y amigos, pertenece plenamente a ese paradigma de conducta del mundo de la leyenda que ya conocíamos por *Pepita Jiménez*, obra que tanto irritaría a Galdós, precisamente por el uso de un paradigma, de un sistema de valores, ajeno a la realidad de su tiempo, y que le movió a escribir una respuesta a la novela valeriana, su *Doña Perfecta*.

La joven Luz vive contenta en el pueblo, sin ansiar ninguna gloria mundana. Cuando el futuro marido comienza a cortejarla, ella siente reparos a la hora de aceptar la sinceridad del futuro diputado, precisa-

mente por la falta de una dote adecuada. ¿Qué busca un joven de la Corte con un futuro brillante en doña Luz? La pasión y los argumentos de don Jaime la acaban convenciendo de la sinceridad de los propósitos del pretendiente, y ella muy sensatamente toma una serie de decisiones, como la de que se quedará a vivir en Villafría para no ocasionar gastos al marido en Madrid. Si ella se fuera a vivir a la capital, le ocasionaría al marido numerosos gastos por la necesidad de poner una casa, que difícilmente podría afrontar.

Necesito a estas alturas añadir otro personaje a nuestras consideraciones. El padre Enrique, un ex-misionero con fama de santo, recién llegado de Filipinas, y hermano de don Acisclo, el administrador, que vive desde hace poco en Villafría. Desde su llegada, el misionero traba una estrecha amistad con Luz, que algunos de la casa piensan que quizás sea excesiva. Como en *Pepita Jiménez*, Valera elige la sotana como el mejor sitio para incubar y ocultar un gran amor, tan intenso que puede desbaratar una vocación religiosa. Este simple hecho habla con claridad meridiana de la transición de poderes que estaba ocurriendo en el tablado cultural de la época. La fuerza de la fe, de la convicción, del llamado interior, hacia lo inefable, hacia la idea de Dios, estaba siendo sustituida en el texto literario, por el amor humano, un sentimiento provocado por el frecuente contacto entre los sexos, entre hombres y mujeres, que permitía la sociedad contemporánea. El personaje literario se sitúa así en una órbita humana, del yo, que el narrador documenta. Podríamos afirmar que esta es la primera manifestación del realismo literario decimonónico, cuando el narrador de una obra documenta un comportamiento humano verificable.

Galdós había tratado el tema de la interferencia religiosa en los asuntos humanos en varias de sus novelas, concretamente en *El audaz* y en *Doña Perfecta*¹⁴. En ambas obras tenemos a un cura que vigila a una joven mujer para que nadie se acerque a ella, y pertenezca siempre bajo su autoridad moral y sometida a sus planes para el futuro. En el

¹⁴ Muchos años después llevaría el tema al teatro, siguiendo el caso real de la señorita Ubao en *Electra* (1901). Véase la «Introducción» de Elena Catena a Benito Pérez Galdós, *Electra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001. Cito unas frases de la misma: «En 1898 una señora de la alta burguesía, dona Adelaida de Icaza, viuda de Ubao, asistió con su hija Adelaida a unos ejercicios espirituales, dirigidos por el padre jesuita Fernando Cermeño. La señorita Ubao de Icaza tenía novio formal lo cual, según costumbres sociales de la época, hacia presumir que el novio sería pronto esposo de la joven. Pero no; el padre Cermeño, ya confesor de Adelaida a raíz de los ejercicios espirituales, impulsó a su dirigida al rompimiento de las relaciones con su prometido», (p. 16).

caso de Rosario Polentinos, la hija de doña Perfecta, es un canónigo de la catedral de Orbajosa, don Inocencio Tinieblas, que desde que el pretendiente a la mano de Rosario, su primo Pepe Rey, llega a la ciudad, no cesa de hostigarle y de ponerle la proa, intentando desviar la atención de la joven hacia un sobrino suyo. Hay una escena famosa en que la joven se reúne clandestinamente en la capilla de su casa con Pepe, y cuando se acercan el uno al otro ocurre lo siguiente:

Al decir esto, Rosarito se sintió frenéticamente enlazada por los brazos de su primo. Oyose un ¡ay!, pero no salió de sus labios de ellos, sino de los de él, porque habiendo inclinado la cabeza, tropezó violentamente con los pies de Cristo. En la oscuridad es donde se ven las estrellas. (p. 221)¹⁵

Este es uno de los momentos claves en la historia de la narrativa española, cuando el sentimiento religioso pierde la partida ante la atracción humana, que todavía no es corporal, como lo será ya en obras posteriores, simplemente, como adelanté, las costumbres de la época, de que hombres y mujeres se reunieran con mayor frecuencia lleva a esas mudanzas.

Así, la novela comenzaba a abordar nuevos temas. El caso del padre Enrique, que acabará profundamente enamorado de doña Luz, y ella de él, aunque no lo sabe hasta después, lo aprendemos a través de un diario, es decir que viene documentado en el texto.

Doña Luz recibió con veneración el manuscrito del padre [Enrique], y no bien don Acisclo la dejó sola, lo abrió con ansiosa curiosidad y se puso a leerlo. [...] A lo último, más allá, y después de lo que conocemos, la víspera de la muerte, el padre Enrique había escrito lo que sigue, que también leyó doña Luz: «Estas páginas, si no las rasgo o las quemo, irán indefectiblemente, después de morir yo, a las hermosas manos de ella. Ya entonces no me avergonzaré de que ella sepa mi amor. Perdona, Dios mío, mi nueva culpa. Quiero que ella lo sepa».

(pág. 103).

Al morir el padre Enrique de una hemiplejía causada por el dolor de perder a doña Luz, la transformación habida en la persona del sacerdote, que de una especie de mártir pasa a ser un hombre enamorado, constatamos, como digo, no un caso de sacrilegio, de un cura que va en contra de los preceptos eclesiásticos, sino un momento en la nove-

¹⁵ Benito Pérez Galdós, ed. Germán Gullón, *Doña Perfecta*, Madrid, Espasa Calpe, 2003.